

REENCUENTROS: JOAQUINA ROA GARCÍA.

Magdalena Valenzuela Guzmán
www.huelma.org



Joaquina Roa García con su hija Natalia

En marzo de 2020, procedente de Argentina, visito nuestro pueblo Joaquina Roa García acompañada de su hija. Era la primera vez que venían a España y querían conocer Huelma por ser el lugar desde donde procedía su familia, amén de conocer a algunos de sus familiares que quedaron aquí cuando su abuelo inició una nueva vida en América llevando consigo a la mayoría de sus hijos. Su historia es la siguiente:

En 1951 un vecino de Huelma llamado Baltasar García Roa, que por aquel entonces tenía 49 años, decidió probar fortuna en otro país, para ello vendió todas sus posesiones y tomó un barco rumbo a Brasil.

Junto a él se embarcaron su esposa Juana Vico Guzmán, para quien debió resultar especialmente difícil tomar esa decisión ya que padecía una minusvalía que le impedía caminar, y nueve de los diez hijos que tenía el matrimonio, algunos de ellos en ese año 1951 ya casados.



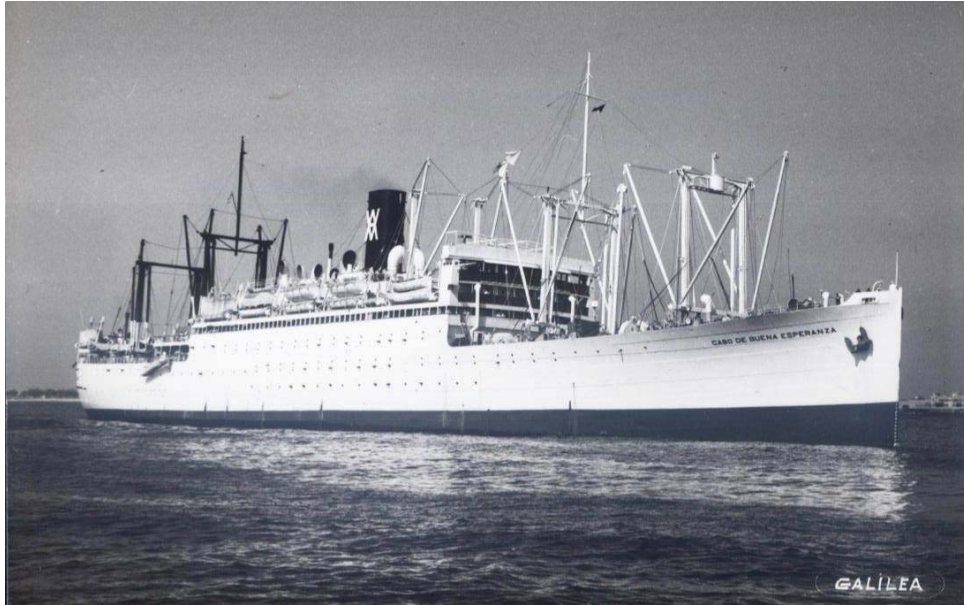
Baltasar García Roa y Juana Vico Guzmán con sus dos hijos mayores

En Huelma se quedó sólo una de las hijas, Pepa, que también estaba casada.

Otra de sus hijas, Juana, unos meses antes de la partida había contraído matrimonio con un vecino de Huelma, Luis Roa García y el joven matrimonio se une al viaje, llevando consigo a la madre de Luis que era viuda y se llamaba Joaquina, y los dos hijos menores que esta tenía a su cargo, Espiritusanto y Manuel. Un tiempo después, Juana y Luis serían los padres de nuestra visitante.

Resumiendo, a Brasil se marchan quince vecinos de Huelma: el matrimonio formado por Baltasar y Juana con nueve hijos, su consuegra Joaquina y los tres hijos de esta.

Una vez formado el grupo, buscaron un barco que les llevara a su destino. Averiguaron que, en el puerto de Cádiz, tenía su partida programada para el día 4 de julio de 1951 el buque Cabo de Buena Esperanza y hacia él se dirigen. Una vez obtenidos sus pasajes, nuestros vecinos se lanzan a cruzar el Atlántico, lo que debió de ser una odisea para ellos, porque a la incertidumbre sobre qué les depararía el futuro, se unía el miedo al trayecto, ya que seguramente ninguno de ellos había subido nunca a un barco, e incluso no habían visto nunca el mar.



Buque Cabo de Buena Esperanza

El viaje duró 14 días con varias escalas, pero finalmente llegan a Sao Paulo la ciudad más poblada del país. Una vez en tierra, se encuentran en una ciudad muy diferente a lo que ellos habían conocido en España, con otros hábitos, otra cultura y hasta un idioma diferente.

Tuvo que ser una época difícil para nuestros vecinos, pero ya que se habían alejado tanto de su tierra, no había marcha atrás y lo primero que tienen que hacer es buscar alojamiento y trabajo. Como los miembros varones del grupo, de lo que sabían era de campo, es en ese sector donde empiezan a trabajar, y las mujeres, como dominaban el tema de la costura, se emplean como costureras.

Poco a poco se van acostumbrando al país, e incluso se integran en él, y según me cuenta Joaquina, la que vino a conocer Huelma, sus padres tuvieron tres hijos en los cuatro años que permanecieron en Brasil: Anselmo, Baltasar y ella misma Joaquina Roa García.

Me cuenta, que todos los que arribaron juntos al nuevo mundo, continuaron muy unidos, pero que la figura central que cohesionaba y lideraba el grupo era su abuelo Baltasar.

Pasados cuatro años fue otra vez su abuelo, que debía ser una persona bastante inquieta y aventurera, el responsable de que hicieran las maletas y marcharan más de tres mil kilómetros, hacia otro país hispano americano, Argentina, que esta vez sí que fue su destino definitivo.

Según me explica, sólo llevaban un año en Brasil cuando Baltasar, que no acababa de estar satisfecho de su estancia en este país, decide explorar el continente americano y dejando a su familia, se marcha a conocer nuevos países, con el fin de encontrar el destino definitivo para todos ellos.

Y fue Argentina, con más similitudes culturales con las que ellos traían y donde también se hablaba castellano, el país elegido.

Con el dinero obtenido de la venta de sus propiedades en Huelma, adquirió fincas en este nuevo país, para que fueran trabajadas por su familia y no tener que trabajar para otros, y con esta idea ya forjada y en marcha, organizó el traslado del grupo.

Sin embargo, no marcharon con él todos los que habían llegado en 1951, porque la viuda Joaquina y sus hijos Espiritusanto y Manuel ya estaban integrados en Brasil y decidieron que ellos se quedaban.

Todos los demás marcharon a Argentina y se asentaron en Pilar una población de unos catorce mil habitantes, pertenecientes a la provincia de Córdoba (Argentina), allí formaron su vida.

Con el tiempo, los hijos que llegaron solteros, se casaron con oriundos del país y a su vez tuvieron más hijos, con lo que según me cuenta la mitad de la población de Pilar renace de Huelma.

Joaquina, la que nos visitó en el mes de marzo, me dice que ella ha trabajado como costurera y vendedora, que se casó con un argentino, Rubén Tercero Tamaseti, y que tienen tres hijos Cristina, Natalia, que fue la que la acompañó a Huelma, y Pablo Ayelen.

Ella no recuerda prácticamente nada de su estancia en Brasil, ya que se marchó de allí con tres años, aunque conserva la nacionalidad brasileña y ahora también la española.

Dice que cuando se casó volvió a Brasil de viaje de novios para conocer a su abuela Joaquina y a sus tíos Manuel y Espiritusanto a quienes no había vuelto a ver desde que se marcharon.



Joaquina Roa García con su hija Natalia y algunos de sus primos de Huelma

En Huelma se reencontró con sus primos, los hijos de su tía Pepa y su tío Juan José: Paco, Baltasar y José Juan Serrano García, quienes les enseñaron nuestro pueblo, les contaron historias antiguas de su familia, le mostraron al cortijo de la Cañada del Acero de donde procedían sus abuelos.



Cortijo de la Cañada del Acero actualmente

la casa donde vivían cuando estaban en Huelma, en la calle Fuente Nueva, se emocionaron con recuerdos transmitidos por sus padres a uno y otro lado del mundo, y estrecharon lazos familiares mientras recorrían los pueblos y ciudades más bonitos de nuestra zona como Úbeda, Baeza, Jaén, o la vecina Granada, y no dio tiempo a mucho más, porque aunque pretendían alargar su estancia en Huelma, surgió la maldita pandemia y tuvieron que abandonar rápidamente nuestro país antes de que se cerraran los aeropuertos y se suspendieran los vuelos, lo que les obligaría a que quedarse en España sepa Dios por cuanto tiempo.

Pero debieron marchar contentas de su estancia y del pueblo que vio nacer a sus padres y abuelos, ya que al preguntarle que le había parecido Huelma, madre e hija contestaron emocionadas: lindo, muy hermoso.